



Universiteit
Leiden
The Netherlands

Diversidad lingüística en el Perú precolonial

Adelaar, W.F.H.; Godenzzi J.C., Garatea C.

Citation

Adelaar, W. F. H. (2017). Diversidad lingüística en el Perú precolonial. In G. C. Godenzzi J.C. (Ed.), *Literaturas orales y primeros textos coloniales* (pp. 67-81). Lima, Peru: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial; Casa de la Literatura Peruana; Ministerio de Educación del Perú. doi:10.1017/9781316135716.021

Version: Not Applicable (or Unknown)

License: [Leiden University Non-exclusive license](#)

Downloaded from: <https://hdl.handle.net/1887/50497>

Note: To cite this publication please use the final published version (if applicable).

DIVERSIDAD LINGÜÍSTICA EN EL PERÚ PRECOLONIAL¹

Willem F. H. Adelaar
Universidad de Leiden, Holanda

1. INTRODUCCIÓN

Las lenguas indígenas del Perú existentes al momento de la invasión europea fueron el producto de procesos históricos milenarios sumamente diversos, cuyas particularidades solo se dejan entrever en términos muy generales. Si es cierto que el investigador moderno dispone de informaciones parciales e incidentales, extraídas de las observaciones e impresiones de administradores coloniales, cronistas historiadores y miembros de congregaciones religiosas, es importante recordar que estos primeros observadores eran recién llegados a un mundo nuevo y desconocido, cuya diversidad y complejidad todavía no eran capaces de comprender plenamente. Además, sus afirmaciones pertenecían a un contexto de intereses muy distinto de aquel del estudioso moderno. Estas consideraciones, así como la ausencia de toda forma de escritura de base fonética o ideográfica, nos obligan a reconocer que el pasado lingüístico del Perú anterior a la invasión europea solo se deja reconstruir con una buena dosis de imaginación. Por lo tanto, toda afirmación categórica con respecto al desarrollo precolonial de las lenguas nativas del Perú que se encuentre en la literatura pertinente sigue teniendo valor de hipótesis, sobre todo cuando se trata de la expansión y diversificación de las lenguas mayores. Este hecho se ve confirmado en forma tajante por la multitud de reconstrucciones contradictorias y conflictivas de la realidad lingüística originaria y colonial temprana que han surgido durante los últimos años. Sin embargo, podemos confiar en que las regularidades establecidas por la investigación lingüística moderna se aplican tanto a las lenguas autóctonas del Perú como a las demás lenguas del mundo, lo que limita en cierta medida la multitud

¹ Este capítulo fue redactado con el apoyo del Consejo Europeo de Investigación (Programa FP7: acuerdo de subvención n°. 295918). Agradecemos a Matthias Urban y a los editores del presente volumen por sus valiosos comentarios.

de escenarios imaginables. En términos concretos, cada lengua actual es el producto de una evolución gradual, influido en distintos momentos de su historia por el contacto con otras lenguas que se encuentran en un proceso evolutivo similar. Cabe decir que el contacto de lenguas también fue reconocido como factor esencial en el proceso formativo de las dos agrupaciones lingüísticas más dominantes del Perú aborigen: el quechua y el aimara. Su convergencia histórica a través de los siglos es un hecho evidente, independiente de la cuestión abierta de su alegado parentesco genético nunca comprobado. Ha llegado a ser, aunque sea en forma indirecta, una fuente mayor de conocimientos relativos al pasado antiguo del Perú.

En conexión con la historia de la literatura, el tema de este volumen, es importante señalar que cada lengua, identificable o no, indudablemente benefició de una tradición literaria oral distinta cuya esencia podría haberse mantenido en forma sublimada hasta el día presente. Vale decir que una parte de los temas narrativos y del simbolismo encontrados en la literatura oral quechua, aimara o castellano-andina tendrán sus raíces en sociedades etnolingüísticas desplazadas o sumergidas. Si no es posible reconstruir el pasado andino en todos sus detalles y características, es necesario por lo menos guardar en mente la complejidad perdida y su inevitable importancia para la expresión literaria en el ambiente sociocultural andino actual.

2. EL PANORAMA LINGÜÍSTICO DEL PERÚ EN VÍSPERAS DE LA INVASIÓN EUROPEA

La totalidad del continente americano se caracteriza por una enorme diversidad lingüística, que se manifiesta en la coexistencia, por un lado, de algunas grandes familias lingüísticas —para América del Sur podemos mencionar los ejemplos del arawak, del caribe, del macro-jê, del tupí, del chibcha, del pano, del guaicurú, etcétera— y, por otro lado, de una multitud de lenguas genéticamente aisladas o agrupaciones de baja diferenciación interna. Los grupos que pertenecen a las dos últimas categorías no pueden ser asignados de manera convincente a familias lingüísticas más comprensivas, como en el caso de la gran mayoría de las lenguas europeas. Esta extrema diversidad genealógica de las lenguas autóctonas carece hasta ahora de una explicación satisfactoria y se manifiesta en la mayoría de los territorios americanos de ocupación poblacional temprana e intensiva. En este marco general el área andina presenta una situación algo divergente con respecto a otras partes de las Américas. En vísperas de la invasión europea, solo el norte del Perú andino y costeño, al igual que los territorios amazónicos en su casi totalidad, exhibían la situación de diversidad lingüística señalada arriba. En los Andes centrales y sureños del Perú dominaban el quechua y el aimara en sus múltiples variedades locales; tan solo en algunas zonas del sur la preponderancia de estos dos grupos lingüísticos se encontraba limitada

por la presencia de lenguas locales como el puquina y los idiomas pertenecientes al grupo uru-chipaya. Al mismo tiempo, la costa central y sureña del Perú, muy afectada por los desastres demográficos y sociales del siglo XVI, presentaba un panorama ambiguo. Mientras que el uso de una lengua local de afinidad nortea, el quingnam, podría haberse extendido hacia más al sur del valle de Casma, el quechua al parecer dominaba en la costa central. Sin embargo, su antigüedad en la zona, anteriormente asumida (cf. Torero, 1970), se encuentra actualmente cuestionada (cf. Itier, 2013). Si es evidente que se practicaba una variedad de quechua en los alrededores de Lima y Pachacamac durante las décadas finales del incanato, esta habría sido introducida bajo el dominio de los soberanos incas y no antes, sin duda para facilitar la integración al imperio de aquella zona clave. Tal escenario presupone el desplazamiento de una o más lenguas locales que pueden haber sobrevivido hasta el tiempo de la Conquista, como lo parece indicar Cobo [1653] cuya relación sugiere la existencia de un multilingüismo muy pronunciado en los valles del Arzobispado de Lima. La ausencia de documentación dedicada de la época constituye un obstáculo mayor para la identificación y recuperación de características de aquellas lenguas desaparecidas. Sin embargo, el mero reconocimiento de la posible existencia de lenguas central-costeñas de origen preincaico abre el camino para una búsqueda de trazas lingüísticas aún visibles en las fuentes coloniales, en la toponimia, en el vocabulario local, y en el léxico especializado de las variedades del quechua y del aimara que han sido registradas en la vecindad de la costa central y en las vertientes pacíficas de los Andes centrales (por ejemplo, el quechua descrito por Domingo de Santo Tomás, el quechua en el que está redactado el manuscrito de Huarochirí, y la lengua jaqaru, pariente del aimara altiplánico).

3. EL QUECHUA Y EL AIMARA, LENGUAS DOMINANTES E INTERRELACIONADAS

En la actualidad todas las lenguas nativas conocidas que han sobrevivido en el sector andino del Perú forman parte de dos grupos lingüísticos, el grupo quechua y el grupo aimara. Tanto el primero como el segundo representan en realidad conjuntos de variedades locales que se encuentran estrechamente relacionadas pero que se diferencian suficientemente como para merecer la calificación de lenguas separadas. El quechua se caracteriza por su amplia distribución, no solo en el Perú sino también en los modernos países vecinos, y por estar dividido en una multitud de variedades locales. Estas variedades por tradición han recibido la denominación de 'dialectos', un término que no solo refleja su particularidad lingüística sino también el bajo estatus social que les ha sido otorgado en la percepción popular. Según criterios de la lingüística moderna resulta preferible referirse a ellas como lenguas separadas.

Es evidente que el quechua durante su expansión histórica fue adoptado por una gran cantidad de naciones que anteriormente usaban otras lenguas; y muchas variedades del quechua preservan alguna herencia léxica o fonológica de aquel pasado. Una explicación para el éxito inicial del quechua, anterior a la fundación del Imperio incaico, fue propuesta por Beresford-Jones y Heggarty (2012), que lo relacionan con la expansión del estado huari (ca. 500-900 A.D.).

Debido a su diferenciación dialectal interna, tanto el quechua como el aimara tienen derecho a la denominación de ‘familias lingüísticas’. Tradicionalmente esta calificación solo fue atribuida al aimara y con terminologías distintas, reflejadas por el uso de denominaciones diferentes: *aru* introducido por Torero (1970), *jaqi* propuesto por Hardman (1975), y finalmente el nombre original *aimara* reintroducido por Cerrón-Palomino (2000). El grupo aimara consta de dos lenguas reconocidas aún viables, el *aimara* propio, internamente poco diferenciado, que se habla en los departamentos de Puno, Tacna y Moquegua, así como en sectores de Bolivia y Chile, y el *jaqaru* (con su variante cauqui) que sobrevive en Tupe, en las serranías de Yauyos (Lima). El conjunto de datos relevantes heredados de la época colonial, la toponimia moderna y el substrato aimara reconocible en distintas variedades del quechua, sugieren una extensión histórica del aimara mucho mayor que la actual, que probablemente fue pareada con una diversificación interna también más compleja. Cabe decir que muchas lenguas de afinidad aimara se extinguieron antes de la invasión hispana, pero también después de ella. Como ejemplo se puede asumir la existencia pasada de una variedad aimara local a proximidad del alto valle de Chancay. Su influencia léxica se detecta en el quechua de Pacaraos, una variedad que todavía estaba en uso al finalizar el siglo transcurrido. La presencia del aimara en el valle de Chancay solo se puede derivar a través de las palabras que dejó prestadas en el dialecto local. Desafortunadamente no queda ninguna documentación histórica que confirme la existencia de aquella variedad desaparecida, ni tampoco de cantidad de otras lenguas aimaras sustituidas por el quechua.

4. LOS ‘DIALECTOS’ DEL QUECHUA

Las distintas variedades geográficas e históricas del quechua forman una parte integral de la diversidad lingüística del Perú, que debe ser tomada en cuenta en la evaluación del panorama total. Por su gran diferenciación y las particularidades de sus historias de contacto, los llamados ‘dialectos’ constituyen un depósito invaluable de elementos que pueden hacer posible reconstruir partes del panorama multilingüe del Perú precolonial e incluso preincaico. Mientras que la mayoría de los observadores coloniales fueron conscientes de la existencia de variedades locales del conjunto

lingüístico quechua, su evaluación del estado de cosas fue generalmente coloreada por una visión jerárquica que tendía a oponer el modelo de la lengua llamada 'general', y por lo tanto 'oficial' y 'legítima', a las variedades locales, que se consideraban 'degeneradas' o 'mixtas'. Aparentemente el valor de las variedades del quechua se medía por su grado de similitud con la lengua general. Aunque la existencia de una lengua particular quechua llamada *chinchaisuyo* en la región central-norteña del Perú ya fue reconocida al final del siglo XVII (Figueredo, 1700), la mayoría de las variedades locales permaneció invisible en la documentación de la época. Hacía falta el estudio sistemático de los dialectos quechuas iniciado en la década de 1960 por Parker (1963) y Torero (1964) para que salieran a luz la realidad fundamental de la diferenciación interna del quechua y su importancia histórica y la existencia de una bifurcación del quechua en dos ramas, denominadas quechua I y quechua II en la terminología de Torero. Como es conocido, este autor también propuso la subdivisión de la segunda rama en varios subgrupos bien definidos, quechua IIA, IIB y IIC. Con la excepción del quechua IIA, que posiblemente representa un conjunto de sub ramas independientes (Cajamarca-Ferreñafe, Pacaraos, Yauyos norte y Yauyos sur), las subdivisiones del quechua introducidas por Torero en 1964 han mantenido su vigencia. El quechua I en su distribución original ocupa un territorio que coincide con la sierra central del Perú, es decir, parte de los departamentos de Áncash, Huánuco, Pasco, Junín y Lima, con una extensión local en La Libertad (Pataz) y tal vez en forma de componente híbrido del quechua de la sierra de Lambayeque (Ferreñafe), generalmente clasificado como quechua IIA. La transición gradual de los dialectos que forman parte del conjunto quechua I, marcada por cambios fonológicos y morfológicos bastante complejos, sugiere una presencia prolongada en su territorio actual y una diferenciación interna que podría remontar a la época huari (500-900 d.C.) o incluso a un tiempo aún anterior. De los grupos quechua IIB y IIC, el último conjunto cubre la sierra sur del Perú, incluye variedades tan prestigiosas como el quechua ayacuchano y el quechua cuzqueño, asimismo el quechua de Bolivia y Argentina, y parece ser el más conservador. Su distribución inicial se debe claramente a un movimiento expansivo de quechuización de la sierra sur, cuyos antecedentes históricos siguen siendo un tópico de debate. El grupo quechua IIB, no siempre reconocido como tal, se caracteriza por una serie de innovaciones comunes que definen su unidad como rama dialectal y que tal vez se deban, en parte, al contacto con lenguas no quechuas. Su distribución dispersa en Amazonas, San Martín y Loreto, y fuera del Perú en el Ecuador y en Colombia indica una historia complicada, además de incluir el quechua descrito por Domingo de Santo Tomás [1560] y la variedad extinta en la que fue redactado el Manuscrito de Huarochirí (cf. Taylor & Acosta, 1987; Taylor, este volumen). La complejidad de la diferenciación geográfica del quechua lleva

inevitablemente a una comparación de la diversidad dialectal existente en la época precolonial con la actual. No se puede excluir que la diversidad interna del quechua haya sido menos acentuada en tiempos prehispánicos. Sin embargo, esa diversidad también puede haber sido de igual o mayor importancia que en la actualidad, aunque las diferencias no hubieran sido las mismas. En este contexto hay que señalar que no todas las variedades del quechua son de origen precolonial. Sobre todo en las zonas periféricas del territorio quechua-hablante, situadas fuera del territorio peruano actual, muchos dialectos quechuas surgieron a raíz de acontecimientos pertenecientes al periodo del contacto y generados por la acción colonial y misionera. La forma ancestral de tales variedades aún no habría desarrollado rasgos diferenciadores particulares con respecto al resto del quechua a la llegada de los europeos. Otras variedades con mucha probabilidad deben su existencia a la acción expansiva de los incas. Un ejemplo posible podría haber sido la protovariedad, que subyace a las variedades quechuas habladas en el Ecuador (*quichua* según la terminología local) y que fue introducida allí, según toda probabilidad, por la acción de las huestes conquistadoras de los incas entre 1470 y 1530. El contacto permanente del quechua local con el quechua de grupos dominantes, tanto huari como inca, habría producido un influjo léxico importante del quechua sureño (quechua IIB y IIC) en las variedades locales del Perú central. En un tiempo relativamente reciente esta influencia habría desembocado en una nivelación léxica, que a su vez habría llevado a una unidad idiomática aparente, enmascarando las divergencias ancestrales. Con toda seguridad las distinciones dialectales más fundamentales existentes en el Perú central ya eran vigentes en la época prehispánica tardía. Este hecho queda confirmado, entre otros ejemplos, por la heterogeneidad dialectal visible en la obra de Domingo de Santo Tomás, la presencia de palabras dialectales con rasgos fonológicos particulares que se encuentran en el Manuscrito de Huarochirí, y la influencia léxica masiva del quechua local de Pasco y del norte de Junín detectable en el *yanesha'*, idioma arawak localizado en la región vecina de Oxapampa y Villarrica a la llegada de los españoles.

5. LA LENGUA GENERAL DEL INCA ¿REALIDAD O PROYECCIÓN?

Desde el inicio de la presencia española en el Perú se tuvo noticia de la existencia de una lengua administrativa de uso general en el Imperio incaico. Esta *lengua general del Ynga*, una variedad o conjunto de variedades del quechua, habría sido hablada o entendida por casi la totalidad de la población sujeta a los incas. Por lo tanto, se la consideraba como un instrumento ideal para la administración colonial española y el proyecto de evangelización. La identidad quechua de la lengua general está fuera de duda, pero es necesario preguntarse si se trataba realmente de una lengua unificada

y normalizada como en el caso de las lenguas nacionales que comenzaban a desarrollarse en Europa en el siglo XV y XVI y que se acostumbran encontrar en las naciones modernas. De hecho, hay distintas variedades del quechua que podrían aspirar al estatus de «lengua general», en primer lugar, la variedad quechua IIB llamada ‘costeña’, que domina en el arte y léxico de Santo Tomás de 1560. Por sus innovaciones características esta variedad se asemeja (aunque no en todos sus rasgos) a la *lingua franca*, que fue utilizada en la administración y en el ambiente social del clan inca (Durstón, 2007, p. 189), y la que Itier (2013) define como la «lengua vehicular del imperio inca». En segundo lugar, el quechua IIC sureño (cuzqueño-ayacuchano) en su versión colonial temprana llegó a reemplazar la variedad anterior como modelo de normalización. En tercer lugar, la variedad quechua IIB en la que está redactado el Manuscrito de Huarochirí, divulgado por Francisco de Ávila alrededor de 1600, también puede haber funcionado como ‘lengua general’, por lo menos a nivel local, dado que algunos de sus rasgos distintivos se encuentran también en lugares alejados como Lamas, en San Martín (Adelaar, 1994). Nadie puede dudar de los esfuerzos normalizadores de la administración española en vista de crear una *lingua general* de base quechua, pero sería arriesgado interpretarla como la continuación de una norma lingüística autóctona. Aunque sucede que las fuentes documentales de la Colonia mencionan la *lingua general del Inca* en cotejo con variedades locales ‘corruptas’ de la misma y de otras hablas no identificadas, no es posible saber si los escribanos responsables habrían sido capaces de evaluar la distancia lingüística entre lo que pensaban que fuera la lengua general y sus parientes dialectales más o menos cercanos. Como hecho significativo se puede señalar que el santo arzobispo de Lima, Toribio Mogrovejo, uno de los autores coloniales que en las décadas finales del siglo XVI mostró mayor perspicacia y conciencia lingüística, apareadas con un manifiesto interés profesional y personal, no distinguía en su Libro de Visitas entre la ‘lengua general del Inca’ y las variedades locales de Áncash, en términos lingüísticos las más alejadas del quechua sureño asociado con la administración inca (cf. Benito, 2006). Ya que parece difícil acreditar que el santo prelado tan interesado en la situación lingüística no hubiera percibido las diferencias idiomáticas dentro del conjunto quechua, se puede concluir que por motivos prácticos no consideraba las diferencias dialectales de suficiente importancia para la necesidad evangelizadora como para registrarlas sistemáticamente.

6. LAS LENGUAS DEL NORTE

En ninguna región del virreinato del Perú el multilingüismo se ha manifestado con tanto vigor en tiempos históricos como en el norte costeño y andino. Todavía en 1609 Garcilaso de la Vega señaló la existencia en el obispado de Trujillo de una multitud

de lenguas que se resistían a ser reemplazadas por la lengua general quechua. Algunas de estas lenguas sobrevivieron hasta los siglos XIX y XX. Lamentablemente, con la excepción del mochica y del cholón, las dos últimas lenguas norteñas en extinguirse, la documentación pertinente es prácticamente inexistente. Esta carencia de datos de siglos anteriores constituye un caso de negligencia sorprendente y deprimente a la vez. De hecho, las fuentes archiveras, la toponimia, los apellidos patronímicos, el vocabulario y el folclor local ofrecen oportunidades para rescatar al menos una parte del caudal perdido, pero los resultados no siempre son inequívocos. También en el norte hay una presencia —aunque limitada— del quechua y se pueden distinguir zonas —como en la mayor parte del departamento de Cajamarca— donde la identificación de lenguas ancestrales resulta particularmente difícil. El quechua se ha mantenido hasta ahora en los alrededores de la ciudad de Cajamarca, en la sierra de Ferreñafe (Lambayeque) con zonas aledañas de Cajamarca y Piura, en una parte de los departamentos de Amazonas (Chachapoyas y Luya) —donde se encuentra en proceso de extinción— y en San Martín (Lamas). La fuente principal para las lenguas norteñas extintas es el segundo tomo de la obra del obispo Martínez Compañón, que ofrece un plan sinóptico de la situación lingüística del norte peruano en la década de 1780. Las listas de palabras de Martínez Compañón muestran que algunas lenguas ancestrales se encontraban aún vigentes en aquella época. Ahí figuran las lenguas de la llanura costera de Piura pertenecientes al grupo tallán (Colán, Catacaos) y la vecina lengua de Sechura, esta última probablemente relacionada con la lengua de Olmos. Más al sur, en la región costera de Chiclayo y Lambayeque, se hablaba la lengua yunga o mochica, que llegó a ser relativamente bien documentada y que sobrevivió hasta mediados del siglo XX. Es probable que la lengua mochica también se utilizara en asentamientos de migrantes en el departamento de Cajamarca (Balsas) y en las alturas del departamento de Piura (Urban, ms.).

La lengua mochica se encontraba en contacto con otra lengua, el *quingnam*, mencionado por Calancha (1638), que predominaba en los alrededores de Trujillo y Moche. La lengua quingnam, fonológicamente distinta de la mochica y asociada con el pueblo chimú y la metrópoli prehispánica de Chanchán, se conoce sobre todo por los nombres de los señores indígenas de la región de Trujillo y su dinastía ancestral (Zevallos Quiñones, 1992). La existencia de este elusivo idioma también fue confirmada por el descubrimiento de una lista de nombres de números previamente desconocidos en Magdalena de Cao Viejo en el valle de Chicama durante una excavación arqueológica (Quilter y otros, 2010). Parece evidente que el quingnam coincidió con la 'lengua yunga' o 'lengua de los llanos' mencionada por Mogrovejo. El santo viajero también encontró una lengua para la que utilizó las mismas denominaciones en las provincias ancashinas que colindan con el río Marañón, donde ahora

prevalece el quechua (aunque no hay seguridad absoluta de que se tratara de una de las lenguas costeñas). En la literatura la lengua quingnam a menudo se encuentra asociada con otra forma idiomática, la lengua ‘pescadora’ que según Mogrovejo se utilizaba sobre todo entre Chao y Guñaape (a proximidad del valle del Virú), pero también al norte de Trujillo (en Magdalena de Cao). No hay datos que permitan establecer con completa seguridad si se trataba de una lengua particular o de una variedad dialectal del quingnam, aunque la última opción parece ser la más probable. Considerando que el obispo Martínez Compañón no presentó datos del quingnam en las listas de palabras agregadas a su obra pictográfica, resulta evidente que el quingnam ya se había extinguido en la mayor parte de su territorio original hacia el final del siglo XVIII, un hecho que además queda confirmado en otras fuentes de la época (Urban, ms.). En la sierra de La Libertad limitada por el valle del Marañón hacia el este, así como en Cajabamba (Cajamarca) y Pallasca (Áncash), se hablaba la lengua *culle*, que en algunas localidades de la provincia de Pallasca probablemente sobrevivió hasta el siglo XX. Juzgando por su distribución geográfica el culle parece haber sido idéntico a la lengua llamada *linga* por el arzobispo Toribio Mogrovejo a fines del siglo XVI. Esto significa que su uso podría haberse extendido hasta las provincias de Huacrachuco y Huacaybamba en el noroeste del departamento de Huánuco, donde actualmente prevalece el quechua. Aunque el culle no haya sido identificado como la lengua ancestral de los contornos de Cajamarca antes de su quechuización, la toponimia local y algunos elementos de sustrato conservados en el quechua cajamarquino sugieren que el culle jugó un papel importante en la zona, posiblemente en coexistencia con otra lengua de establecimiento más antiguo (Andrade, 2011). En base a la toponimia local, Torero (1989) formuló la hipótesis de la presencia de dos lenguas extintas en Cajamarca, *den* y *cat*, reconocibles por sus terminaciones características.

Por lo menos hasta el siglo XV la región de Chachapoyas fue dominada por el pueblo chachapoya, que hablaba su lengua particular llamada *chacha*. Esta fue reemplazada por el quechua a partir del siglo XVI y quedó sin ninguna documentación, salvo topónimos y apellidos. Finalmente, en la zona de Bagua y Jaén se recordó en el siglo XVI la existencia de una multitud de lenguas de uso muy local, generalmente de afinidad desconocida, aunque una de ellas (el patagón de Jaén) pertenecía a la familia caribe y otras al grupo candoshi. Es evidente que aquella zona, por su baja elevación, formaba un área de transición entre el territorio amazónico y el mundo andino y que las lenguas aludidas pueden haber tenido lazos de parentesco con idiomas de ubicación distante y ajenos a la región andina. A partir de 1600 se hizo sentir la presencia de pueblos hablantes de lenguas jíbaro (o chicham), como los *aguaruna* y *huambisa*, que llegaron a ocupar la región al norte de la curva del Marañón.

Las dos lenguas del grupo hibito-cholón, también documentadas por Martínez Compañón, se mantuvieron hasta el siglo XX en el valle del Huallaga y sus tributarios de la selva alta, pero no es atrevido asumir que el territorio cholón se haya extendido hasta el valle del Marañón y tal vez más allá, ya que se han registrado topónimos característicos del cholón en el departamento de Cajamarca. A modo de conclusión es posible afirmar que, a pesar de la multitud de lenguas registradas, en muchas regiones del norte del Perú las lenguas originarias permanecen sin identificar.

7. LAS LENGUAS DEL SUR

En el sur del Perú la presencia de lenguas indígenas distintas del quechua y del aimara queda mucho menos visible que en la región del norte. Varias lenguas mencionadas en la documentación del siglo XVI, sobre todo en las *Relaciones geográficas de Indias* de 1583 (Jiménez de la Espada, 1965) y en algunos casos bajo la denominación de *bahuasimi* ('lenguas foráneas'), han sido interpretadas como variedades pertenecientes a la familia aimara, generalmente con el apoyo de una que otra palabra de afinidad aparente con este grupo lingüístico (Torero, 1970; cf. Mannheim, 1991). Otras menciones de multilingüismo, por ejemplo concernientes a la región de Huamanga, no especifican de qué tipo de lenguas podría haberse tratado. No se puede excluir que estemos frente a grupos de mitimaes procedentes del norte, que ya estarían en camino de cambiar su lengua nativa por el quechua. Una lengua a menudo mencionada en relación con el sur es la lengua chumbivilca, de la provincia del mismo nombre en el departamento del Cuzco. Esta lengua también ha sido identificada como una variedad de aimara, a pesar de la insistencia de los cronistas en identificarla como lengua particular. El caso más claro de una lengua sureña de particularidad inequívoca es el de la lengua puquina, que en el siglo XVI se consideró la tercera lengua general del Perú. El puquina, aunque apenas documentado, se halla reconocible por su toponimia característica, que se manifiesta con más claridad en los departamentos de Moquegua y Tacna, así como en la región de Puno (Coata, Capachica) y las islas del Lago Titicaca (Amantaní y Taquile). No se sabe si el puquina formaba una unidad o si se dividía en variedades o lenguas, como podría ser el caso, por ejemplo, de la lengua de Moquegua denominada coli (cf. Julien, 1979). El idioma secreto y profesional de los *callahuayas*, médicos ambulantes tradicionales —actualmente radicados en Bolivia en la zona fronteriza de Charazani—, contiene un fondo de vocabulario básico heredado del puquina. Uno de los aspectos más interesantes del puquina es su carácter híbrido. Su morfología nominal parece tener su origen en la familia arawak de la región amazónica, mientras que el verbo presenta una estructura cercana a la del quechua y del aimara.

La presencia del grupo uru-chipaya en el Perú fue documentada por Lehmann en la década de 1920 en la localidad de Ch'imu, una comunidad agrícola cercana a la ciudad de Puno (cf. Hannss, 2014). Además, uno que otro elemento léxico derivado del uru-chipaya se manifiesta en el aimara hablado en la sierra de Moquegua, mostrando que la extensión de aquel grupo de lenguas puede haber sido mayor en el pasado. Una lengua que ha llegado a ocupar un lugar importante en la literatura es la lengua particular de los incas, cuya existencia fue indicada por los cronistas del siglo XVI y XVII (Betanzos, 1551; Garcilaso de la Vega, 1609). Hasta ahora existen distintas opiniones concernientes a la identidad de esta lengua particular, fundamentadas en expresiones extraídas de las crónicas (cf. Cerrón-Palomino, 2013, pp. 53-111). Por el momento, no es posible saber si se habría tratado de una lengua separada o bien de un lenguaje modificado o ceremonial con base en una de las lenguas de uso más general, posiblemente el puquina. En general se puede observar que las lenguas registradas en el sur del Perú son de introducción relativamente reciente. Tal fue el caso del quechua y del aimara, pero también del puquina, por lo menos en su componente arawak. Vale decir que la situación lingüística del sur peruano anterior a la introducción de aquellas lenguas constituye una incógnita total. Sin embargo, el vocabulario del quechua cuzqueño contiene algunos elementos particulares que no pueden ser derivados del aimara y que no coinciden con expresiones conocidas del puquina (por ejemplo, *lluqi* y *paña* para 'izquierda' y 'derecha', *unu* para 'agua'). La existencia de tales elementos merece una mayor atención de los estudiosos.

8. LAS LENGUAS AMAZÓNICAS

La región amazónica presenta en la actualidad una mayor complejidad lingüística que cualquier otra parte del Perú. La mayoría de las lenguas indígenas peruanas todavía en uso se encuentra allí. Sin embargo, no cabe duda de que en la Amazonía y en la ceja de selva también se ha perdido una gran parte de las lenguas habladas durante las primeras incursiones europeas, como el panatagua de la montaña de Huánuco, las lenguas de la región de Bagua y Jaén y las lenguas nativas de la región de Tarapoto, reemplazadas por el quechua. Las familias lingüísticas de mayor extensión —el arawak, el pano— han perdido varios miembros peruanos, pero también han generado lenguas nuevas por diferenciación reciente. Esto equivale a decir que el panorama lingüístico amazónico actual difiere en muchos aspectos de la situación del siglo XVI. Cabe observar que la Amazonía es una región abierta en la que los grupos étnicos se desplazan con relativa facilidad y en la que la fusión de etnias dispersadas o diezmadas por epidemias y violencia con otros pueblos —que se encuentran en la misma situación— es un fenómeno corriente. Por lo tanto, la distribución de etnias

y lenguas en el espacio amazónico se ha modificado radicalmente a través del tiempo, aunque se puede notar que la diversidad lingüística nativa siempre ha sido mayor en las llanuras fluviales del norte que en las zonas más accidentadas del centro y sur de la Amazonía peruana. El estudio detallado de las lenguas amazónicas y la lingüística histórica ofrecen perspectivas interesantes para establecer una división entre los grupos de establecimiento antiguo en la región con una historia de interacción con el mundo andino y los grupos allegados en tiempos relativamente recientes. Los pueblos de la familia tupi-guaraní, como los cocama-cocamilla y los omagua, originarios de la zona atlántica de Brasil, pertenecen a esta última categoría; los harakmbut de Madre Dios tienen un parentesco lingüístico relativamente cercano con el grupo katukina ubicado en el estado brasileño de Amazonas y los ese'ejja con los pueblos tacana de la Amazonía boliviana. Los ticuna de la región fronteriza con Brasil y Colombia parecen tener sus parientes lingüísticos más próximos entre los elusivos yuríes de la Amazonía colombiana. Entre otros grupos fronterizos se pueden mencionar los representantes de las familias bora y huitoto, los andoque, originarios de Colombia, y los culina de la familia arawa (sobre todo en Brasil).

Las familias jíbaro y záparo se dividen entre el Perú y el Ecuador, pero su centro de expansión original parece ubicarse en este último país. Sin embargo, en el caso de los jíbaros la conexión andina es sólida y la toponimia local sugiere una extensión de este grupo en los Andes de la provincia ecuatoriana de Loja (Gnerre, 1975; Martin Kohlberger, comunicación personal). Además, la estructura de las lenguas jíbaras se asemeja en alto grado a lenguas andinas como el quechua. El caso de la familia jíbara se deja comparar con el de la familia candoshi, que en el siglo XVI ocupaba varios territorios localizados en la zona de transición andina, a ambos lados de la frontera actual del Perú con el Ecuador. Otros grupos lingüísticos establecidos en el norte del Perú amazónico son la familia peba-yagua, el urarina (lengua aislada), el omurano, el taushiro, el tequiraca o auishiri y el aguano. Las cuatro últimas lenguas se encuentran extintas o casi extintas y permanecen sin clasificar. Entre los grupos que han tenido un contacto prolongado con el mundo andino figuran las lenguas de la familia cahuapana (con el shawi y el shiwilu o jebero), el muniche y la familia hibito-cholón (ver acápite 6, «Lenguas del norte»).

Terminamos esta sinopsis volviendo a las dos familias lingüísticas más importantes de la Amazonía peruana, el arawak y el pano. Ambas muestran rasgos de una historia de interacción con el mundo andino. Esto se observa en forma más evidente en el caso de la familia arawak, a pesar de su impresionante distribución por casi toda América del Sur y del Caribe. Ya se ha mencionado la presencia del elemento arawak en el puquina (ver acápite 7, «Lenguas del sur»), pero también las lenguas campa-machiguenga muestran una influencia de contacto con las lenguas andinas

por la introducción del contraste entre las primeras personas de plural inclusiva y exclusiva ajeno al grupo arawak en su generalidad. Un caso muy especial es aquel de la lengua yanesha', que muestra una influencia léxica enorme y antigua procedente del quechua local de Junín, Pasco y Huánuco. Esta influencia se extiende a todos los campos intelectuales y espirituales y no puede ser atribuida al comercio o al proceso de colonización y evangelización. La influencia histórica del arawak también se ha registrado en el quechua, donde aparecen términos arawak para conceptos como 'maní', 'mono' y 'tabaco'. El piro, por su parte, parece tener conexiones en el Brasil con el apuriná. En el caso de la familia pano, relacionada con toda probabilidad con la familia tacana de Bolivia, la influencia andina es menos definida, pero su estructura, sobre todo el sistema gramatical de 'cambio de referencia' (*switch reference*), apunta en tal dirección. La posición divergente del mayoruna y del cashibo-cacataibo con respecto al grupo pano central, que incluye lenguas conocidas como el shipibo, el yaminahua y el capanahua, también parece indicar una presencia duradera de las lenguas pano en el Perú.

9. PALABRA FINAL

El multilingüismo que debe de haber prevalecido en la sociedad andina por lo menos hasta el Intermedio Temprano se encontraba en pleno retroceso durante la época de la invasión europea. En el sur y centro del Perú andino y costero una gran parte de las lenguas locales ya se habían perdido o estaban desapareciendo. Aparentemente, los cronistas españoles del siglo XVI pudieron presenciar el episodio final de un proceso de extinción que ya estaba en curso. La conquista y la política colonial lograron acelerar este proceso, pero sin haberlo causado. Sin embargo, tal nivelación no se extendía a las lenguas amazónicas, que lograron mantener una gran parte de su extraordinaria diversidad hasta el día de hoy.

Un elemento sorprendente es la ausencia en las lenguas contemporáneas de rasgos lingüísticos atribuibles a las lenguas de los colonos mitimaes, cuya presencia y distribución quedan evidentes en la documentación colonial. Incluso en casos específicos bien documentados, como aquel de los cañari de Ecuador y los chacha de Chachapoyas, establecidos en la vecindad del Cuzco en el siglo XVI, toda herencia lingüística de los mitimaes permanece escondida. Posiblemente, investigaciones más detenidas a nivel local tengan la potencialidad de cambiar este estado de cosas. Mucho de lo que aún está por descubrir se halla envuelto en el vocabulario, la pronunciación y los paradigmas gramaticales de las variedades locales modernas del quechua, del aimara y del castellano.

Las lenguas vernáculas del Perú actual preservan un caudal rico y variado de narrativas, canciones y temas literarios transmitidos por la vía oral. Con toda probabilidad las lenguas extintas beneficiaron de tradiciones literarias similares. Aunque mucho se habrá perdido en el proceso, las lenguas habladas en la actualidad podrían funcionar como depositarios y vehículos de transmisión de prácticas literarias adoptadas de comunidades etnolingüísticas desplazadas. Tal hipótesis puede ser el objeto de investigaciones futuras.

BIBLIOGRAFÍA

- Adelaar, Willem F. H. (1994). La procedencia dialectal del manuscrito de Huarochirí en base a sus características lingüísticas. *Revista Andina*, 12:1, 137-154.
- Andrade Ciudad, Luis (2011). Contactos y fronteras de lenguas en la Cajamarca prehispánica. *Boletín de Arqueología PUCP*, 14, 165-180.
- Benito, José Antonio (editor) (2006). *Libro de visitas de Santo Toribio Mogrovejo (1593-1605)*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Beresford Jones, David G. & Paul Heggarty (2012). Broadening our horizons: towards an interdisciplinary prehistory of the Andes. *Boletín de Arqueología PUCP*, 14, 61-84.
- Betanzos, Juan de (1987 [1551]). *Suma y narración de los Incas*, editado por María del Carmen Rubio. Madrid: Atlas.
- Calancha, Antonio de la (1977 [1638]). *Crónica moralizada*. 6 vols. Edición de Ignacio Prado Pastor. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Cerrón-Palomino, Rodolfo M. (2000). *Lingüística aimara*. Lima: Centro Bartolomé de las Casas y Programa de Formación en Educación Intercultural Bilingüe (PROEIBAndes).
- Cerrón-Palomino, Rodolfo M. (2013). *Las lenguas de los incas: el puquina, el aimara y el quechua*. Frankfurt am Main: Peter Lang.
- Cobo, Bernabé (1892 [1653]). *Historia del Nuevo Mundo*. Editado por Marcos Jiménez de la Espada. Madrid: Atlas.
- Durstun, Alan (2007). *Pastoral Quechua: The History of Christian Translation in Colonial Peru, 1550-1650*. Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame Press.
- Figueredo, Juan de (1964 [1700]). Vocabulario de la lengua chinchaisuyo y algunos modos más usados en dicha lengua. En Luis A. Pardo y Carlos Galimberti Miranda, eds., *Diego de Torres Rubio. Arte de la lengua quichua* (pp. 112-120). Cuzco: H.G. Rozas.
- Garcilaso de la Vega, Inca ([1959] 1609). *Comentarios reales de los Incas*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

- Gnerre, Maurizio (1975). L'utilizzazione delle fonti documentarie dei secoli XVI e XVII per la storia linguistica Jibaro. *Atti del XL Congresso Internazionale degli Americanisti* (Roma-Génova, 3-12 de setiembre 1972), (III, pp. 79-86). Génova: Tilgher.
- Hannss, Katja (2014). The Uru of Ch'imu: an investigation of Walter Lehmann's material. *STUF - Language Typology and Universals*, 67(2), 175-211.
- Hardman, Martha J. (1975). Proto-Jaqi: reconstrucción del sistema de personas gramaticales. *Revista del Museo Nacional*, 41, 433-456.
- Itier, César (2013). Las bases geográficas de la lengua vehicular del imperio inca. *Bulletin de l'Institut Français d'Études andines*, 42(2), 237-260.
- Jiménez de la Espada, Marcos (editor) (1965 [1586]). *Relaciones geográficas de Indias: Perú* (3 vol.). Biblioteca de Autores Españoles 183-185. Madrid: Atlas.
- Julien, Catherine J. (1979). Koli: A language spoken on the Peruvian coast. *Andean Perspective Newsletter*, 3, 5-11.
- Mannheim, Bruce (1991). *The Language of the Inka since the European Invasion*. Austin: University of Texas Press.
- Martínez Compañón, Baltasar J. (1985 [1782-1790]). *Trujillo del Perú en el Siglo XVIII*, vol. 2. Madrid: Cultura Hispánica.
- Parker, Gary J. (1963). La clasificación genética de los dialectos quechuas. *Revista del Museo Nacional*, 32, 241-252.
- Quilter, Jeffrey; Marc Zender; Karen Spalding; Régulo Franco Jordán; César Gálvez Mora & Juan Castañeda Murga (2010). Traces of a lost language and numeral system discovered on the North Coast of Peru. *American Anthropologist*, 112(3), 357-369.
- Santo Tomás, Domingo de (1560a). *Grammatica o arte de la lengua general de los indios de los reynos del Perú*. Valladolid: Francisco Fernández de Córdova.
- Santo Tomás, Domingo de (1560b). *Lexico o vocabulario de la lengua general del Perú*. Valladolid: Francisco Fernández de Córdova.
- Taylor, Gerald & Antonio Acosta (1987). *Ritos y tradiciones de Huarochirí del siglo XVII*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos e Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Torero Fernández de Córdova, Alfredo A. (1964). Los dialectos quechuas. *Anales Científicos de la Universidad Agraria*, 2(4), 446-478.
- Torero Fernández de Córdova, Alfredo A. (1970). Lingüística e historia de la sociedad andina. *Anales Científicos de la Universidad Agraria*, 8(3-4), 231-264.
- Torero Fernández de Córdova, Alfredo A. (1989). Áreas toponímicas e idiomas en la sierra norte peruana: un trabajo de recuperación lingüística. *Revista Andina*, 7(1), 217-257.
- Urban, Matthias (ms.). *Lost Languages of the Peruvian North Coast*.
- Zevallos Quiñones, Jorge (1992). *Los cacicazgos de Trujillo*. Perú: Gráfica Cuatro.